

absolutos y nada nos impedia colocarnos entre los beligerantes.»

Ya hemos expuesto la embestida francesa proyectada en el corazón de la Baviera, como pensamiento fundamental de los ensueños de campaña que negoció el general Lebrun en junio de 1870 en Viena, y también conocemos el plan de Beust, confesado por él mismo, de aprovechar esta embestida para ponerse entre los beligerantes no ya como aliado del enemigo hereditario de los alemanes, sino como juez árbitro y armado. Podemos, pues, suponer como cosa segurísima que tuvo en la mente para hacer el papel de árbitro imparcial un programa de paz que presentara un máximo y un mínimo. El primero habría sido: el restablecimiento de la confederación alemana bajo la presidencia del Austria, alternando á lo mas con la Prusia, y el mínimo: el establecimiento de una confederación alemana del Sur bajo la jefatura del Austria, correspondiendo á la federación del Norte bajo la jefatura de la Prusia.

Con la esperanza de la embestida francesa y de la voz de alto que pensaba pronunciar el Austria y que no había imaginado Napoleón en su correspondencia desetiembre de 1869, había dispuesto el gobierno de Austria-Hungría armamentos que según hemos visto excedían con mucho á los «preparativos limitados,» y que hubieron de ser súbitamente abandonados por las brillantes victorias de los alemanes en Wissemburgo, Spicheren y Worth. La *Presse* de Viena, en su número del 7 de agosto, había anunciado, con gran ruido de sable, la mediación armada del Austria, y al día siguiente tuvo que publicar desde Florencia la noticia de una liga de paz y de neutralidad que el Austria acababa de hacer con la Italia y á la cual se proponía atraer á la Inglaterra. De esta liga se decía que impondría su mediación á las potencias beligerantes por todos los medios de coerción moral y en caso extremo hasta con la fuerza material (1) desde la primera batalla decisiva. Antes que el mismo periódico comunicara la noticia de la primera de las tres batallas delante y detrás de Metz, dijo en 14 de agosto: «Cualquiera que sea el rumbo que tome la fortuna de la guerra dentro de poco, es lo cierto que la Alemania queda hecha. El mundo tendrá que acostumbrarse á contar desde ahora con una Alemania grande y unida, y esperamos que se acostumbrará fácilmente á ello, porque la Alemania, con toda su índole moral y civil y con su organización militar, que penetra tan profundamente en su organización social, es una garantía de que no corre ningún peligro ningún Estado vecino. Con superseverancia sabrá conservar lo que ha adquirido, pero descansando en su fuerza y dueño de sus destinos evitará toda guerra de conquista. Ya comprendió el mundo algo de esto cuando la guerra actual arrojó su sombra sobre la Europa, pues ninguno de los Estados vecinos hizo armamentos serios por creerse amenazado por las armas alemanas. La Rusia no se movió y la Suiza y la Holanda solo tomaron disposiciones para prevenirse contra peripecias casuales de guerra. Sin concertarse nadie, se oyó en todas partes la palabra neutralidad. La actitud mas significativa fué la de los pueblos austriacos, que insistieron tenazmente en la neutralidad á pesar de haber sufrido el Austria recientemente el infortunio de la guerra. Los sucesos han justificado la conducta circunspecta del Austria, y en este momento parecen ya bajo un punto de vista mas suave las calamidades de nuestra última guerra. El pensamiento de venganza ha perdido ya su aliciente. El Austria podrá mirar tranquilamente la Alemania unida.» Así se consideró desde entonces el asunto en Viena y se deseaba haberlo mirado ya así antes.

(1) Hirth: *Diario*, tomo I, pág. 858.

La nueva liga de los neutrales sepultó en el olvido toda idea de intervenir en la guerra. Esta liga era una reunión de potencias que se obligaron mutuamente á permanecer verdaderamente neutrales, es decir, á negarse á todo clamoreo de auxilio de la Francia. Lord Granville refirió al embajador prusiano, el conde de Bernstorff, cómo se había formado la liga cuando éste le preguntó si era verdad que entre Francia é Italia había un pacto según el cual la Italia debía auxiliar á la Francia con 100,000 hombres, y en cambio tendría el derecho despues de la paz de ocupar á Roma. A esto contestó Granville que no creía en la existencia de semejante tratado; que el gobierno italiano había enterado al gobierno inglés de que de parte de Francia había recibido una excitación en este sentido; pero que el gobierno italiano deseaba el auxilio inglés para resistir á esta presión de Francia, á lo cual había contestado Granville que en el momento la política inglesa no pensaba comprometerse en una neutralidad convenida; pero que si la Italia viese un apoyo para resistir á la presión francesa en el compromiso adquirido por Inglaterra con la misma Italia de que ninguna de las dos potencias abandonaría la neutralidad sin ponerse previamente de acuerdo con la otra, la Italia podía contar con la Inglaterra, lo cual aceptó aquella calurosamente (2).

El motivo de esta liga de neutrales fué, pues, el deseo urgente de Italia de librarse de cumplir las promesas que había hecho en la creencia de la invencibilidad de la Francia. Un deseo análogo hizo entrar al Austria en la liga. Al informarse Bernstorff de las voces que corrían sobre una alianza del Austria con la Francia, dijo Granville que había advertido ya al gobierno austriaco que su neutralidad excitaba la sospecha de Prusia y de Inglaterra; pero que el gobierno austriaco le había asegurado que estaba libre de todo compromiso y pronto á ponerse de acuerdo con Inglaterra sobre una neutralidad comun.

Entre los Estados de segundo orden la Dinamarca se presentó solicitando del gobierno inglés protección contra la presión de la Francia, y entre las grandes potencias, la Rusia entró en la liga. La obligación de mantenerse mutuamente neutrales fué reforzada en gran manera con la proposición que Beust envió en 23 de agosto al gobierno inglés, de que ninguna de las potencias convenidas emprendiese por sí sola una tentativa de mediación sin haberse antes puesto de acuerdo con las otras potencias; y si no obstante se efectuara semejante mediación, recobrarían inmediatamente las demás potencias su completa libertad de acción (3). Lord Granville contestó á esta proposición declarándose dispuesto á aceptar semejante acuerdo á condicion de que durante toda la guerra ni Inglaterra ni Austria-Hungría salieran de su neutralidad sin comunicarse antes sus ideas y todo cambio en su política que pudiese comprometer su actitud neutral. Despues de haber sido aprobada esta proposición en 10 de setiembre por el embajador austriaco en Londres, se pactó un convenio por el cual se hizo muy difícil la intervención aislada de toda gran potencia á favor de la Francia, y casi imposible la acción comun de todas las potencias neutrales, acción que, como se vió despues, había sido justamente el objeto de Beust. Thiers despues de su viaje circular á las cortes neutrales dijo que Europa no quería cambiar de amo; pero la verdad era que Europa no quería tener amo ninguno despues de haber padecido demasiado bajo el dominio del que había tenido. En una palabra, la impresión que el político francés recibió de este viaje fué la que expresó el conde

(2) Angeberg: *Recueil*, tomo II, pág. 343.

(3) Despacho de Beust á Aponnyi del 23 de agosto en la obra de Hahn: *El príncipe de Bismarck*, tomo II, pág. 146.

de Beust cuando dijo con motivo de la cuestión del mar Negro, que expondremos luego: *Je ne vois plus d'Europe*.

Una de las potencias neutrales perjudicó muchísimo á la Alemania manteniendo viva la fuerza de resistencia de la Francia, no con una molesta intervención, sino facilitando armas al gobierno francés. Esta potencia fué la Inglaterra, que á pesar de todas las quejas de Alemania, se negó tenazmente á prohibir la exportación de armas, en cuyo comercio se hicieron operaciones inmensas, por supuesto, por los fabricantes y sus agentes, mientras las notas de los diplomáticos de la misma nación se lamentaban hipócritamente de la continuación de la guerra, de sus horrores, del sitio de París y de la efusión de sangre en los campos de batalla (1).

El conde de Beust tuvo que renunciar definitivamente á la ilusión de ver renacer la antigua Europa de los diplomáticos, cuando la corte de San Petersburgo, confiando en la completa impotencia de las naciones garantes de la paz de París, rompió las ligaduras que esta paz le había impuesto en el mar Negro. Así también fué ya inevitable la renuncia definitiva del Austria á toda política alemana sobre la base de la antigua confederación, cuando en noviembre de 1870 los gobiernos de la Alemania del Sur hicieron en Versalles los tratados relativos al restablecimiento del imperio y de la dignidad imperial. Por esto las notas que con este motivo se cruzaron entre Versalles y Viena en diciembre de 1870 fueron los comienzos de la reconciliación entre Alemania y Austria, con la cual Bismarck dió principio á la obra de consolidación de la paz universal.

Confiando en el espíritu que había manifestado ya un despacho de Beust del 5 de diciembre, envió Bismarck en 14 de diciembre de 1870 una orden al general Schweinitz, embajador de Prusia en Viena, encargándole que enterase al gobierno austriaco de los tratados celebrados por la confederación de la Alemania del Norte con los gobiernos de Baviera, Baden, Hesse y Wurtemberg, explicándole al mismo tiempo la nueva situación del gobierno del rey de Prusia relativamente á esta modificación de la situación de Alemania.

Esta explicación no solamente era necesaria por lo relativo á la paz de Praga bajo la nueva situación política, sino también por el deseo de la Prusia de cultivar con el poderoso vecino amigo relaciones que correspondieran al pasado comun de ambas potencias y al espíritu y necesidades de los dos pueblos (2). Respecto de la paz de Praga decía la instrucción ú orden del embajador que, no habiéndose realizado la confederación de la Alemania del Sur que suponía aquella paz, porque los Estados de la Alemania del Sur no se habían aprovechado de la libertad de realizar esta idea, y no concediendo aquella paz á ninguna de las dos potencias el derecho ni imponiéndoles el deber de prescribir cosa alguna á los Estados soberanos de la Alemania del Sur tocante á sus relaciones, habían procurado contraer relaciones nacionales con la confederación del Norte, por lo pronto en la forma de union aduanera y de tratados de garantía mútua. Despues se decía literalmente: «Estaba fuera de todo cálculo humano que estas instituciones y arreglos habían de concluirse bajo la presión del imponente desarrollo provocado por un ataque inesperado de la Francia, que suscitó el sentimiento nacional alemán, acabando con las alianzas presentes y fundando una nueva confederación alemana.

»La Alemania del Norte no podía obstruir ni rechazar esta marcha de los sucesos, que no había provocado sino que han

(1) Véase la nota de Bernstorff en la obra de Hahn, tomo II, página 181.

(2) Hahn: *El príncipe de Bismarck*, tomo II, pág. 290.

sido obra de la historia y del espíritu del pueblo alemán. Estamos convencidos de que el gobierno imperial y real de Austria-Hungría, conforme nos asegura la relación de V. E., espera que las disposiciones de la paz de Praga facilitarán en lugar de dificultar el desenvolvimiento de los países alemanes vecinos. El gobierno imperial mira la nueva posición que van tomando las relaciones alemanas con la justa confianza de que todos los miembros de la confederación alemana, y en particular el rey, nuestro señor, anhelan conservar y fomentar las relaciones amistosas con el vecino imperio austro-húngaro, conforme lo exigen los intereses comunes intelectuales y materiales de ambos pueblos. Los gobiernos aliados por su parte, confían en que igual deseo anima á la monar-



Bray (según fotografía).

quía austro-húngara. La satisfacción de los deseos y necesidades nacionales del pueblo alemán, dará á todo el desenvolvimiento de Alemania una marcha constante y segura que podrán mirar sin temor y hasta con satisfacción toda la Europa y muy particularmente los países vecinos de Alemania. El libre desarrollo de los intereses materiales, que unen á los pueblos con tan múltiples lazos, ejercerá una benéfica reacción sobre nuestras relaciones políticas. La Alemania y el Austria-Hungría, lo esperamos confiadamente, se mirarán con el sentimiento de benevolencia mútua, y se darán la mano para fomentar el bienestar y la prosperidad de ambos países.» A esta afectuosa comunicación respondió el conde de Beust en 26 de diciembre de 1870 con otra comunicación no menos calurosa (3). En la comunicación que el ministro austriaco envió á su embajador en Berlin, renunció á volver á hablar en favor de la paz de Praga y despues decía con toda franqueza que el Austria-Hungría no quería enfrente de Alemania valerse de interpretaciones literales ni de pretensiones materiales que pertenecían al tiempo pasado, añadiendo:

(3) El día anterior, el 25 de diciembre, expuso Beust al emperador Francisco José la imposibilidad política y militar de reñir nuevamente con la Prusia. En el discurso que pronunció Beust ante su soberano sobre esta materia, y que se encuentra reproducido en las memorias del ministro, tomo II, págs. 443 á 445, no se menciona ya ningún objeto político que pudiera alcanzarse en el caso mas favorable ni tampoco se dice una sola palabra de la Alemania del Sur.

«Nuestro pensamiento se inclina á ver en la union de Alemania bajo la direccion de la Prusia un acto de importancia histórica principalmente para el desenvolvimiento de Europa, y en este concepto queremos juzgar las relaciones que debemos buscar y consolidar entre la monarquía austro-húngara y la nueva creacion política que se ha establecido en nuestras fronteras.» A continuación prometia cumplir el deseo expresado en la comunicacion prusiana, asegurando que el mismo deseo tenían las clases influyentes de Austria-Hungría, deseo que estaba perfectamente de acuerdo con los verdaderos intereses de ambos imperios. Por último, decia la comunicacion austriaca: «De gran satisfaccion nos debe servir que las intenciones y los sentimientos de los pueblos de Austria-Hungría encuentren protector y fomentador en la persona de S. M., nuestro augusto soberano, que con miras elevadas recordará la historia brillante que durante siglos tuvo unida su dinastía á los destinos del pueblo alemán. Su majestad mira con la mayor simpatía el desenvolvimiento de este pueblo, deseando sinceramente que encuentre en su nueva situacion política garantías de un porvenir próspero para él como para el imperio austriaco, tan afín por sus tradiciones, historia, lengua, costumbres y derecho.»

La reconciliación con el Austria, que se manifestó tan cordialmente en estas expresiones, hizo gran impresion en Baviera, único país de la confederación alemana que no habia aceptado todavía la alianza constitucional de Versalles. Después que la cámara alta bávara hubo aceptado en 30 de diciembre la citada alianza bajo la impresion de un magistral discurso del príncipe de Hohenlohe, se reunió la cámara de diputados en 11 de enero para tratar del pacto de Versalles, durando diez días las discusiones. El 19 de enero dijo el ministro conde de Bray que el primer acto político del nuevo imperio alemán habia tenido por objeto la aproximación al Austria, lo cual habia sido de la mayor importancia para realizar los tratados de Versalles; porque si se hubiese temido que surgiera un nuevo motivo de discordia con el Austria, no habria intervenido el orador en el asunto; pero las simpatías en favor del nuevo imperio alemán expresadas por el conde de Beust en nombre del emperador Francisco José, hacían realizable el deseo de los alemanes de una alianza entre la Alemania y el Austria-Hungría, y para cooperar á esta idea la Baviera debía formar parte de la nueva confederación alemana. El ministro de la Guerra del Austria confirmó el espíritu de la negociacion prusiana en Versalles, diciendo en la sesion del 21 de enero que Bismarck habia hablado del ingreso de la Baviera en la confederación: «Queremos una Baviera convencida y voluntariosa y no disgustada y malhumorada.» El resultado fué la aprobacion del convenio el mismo 21 de enero por 102 votos contra 48, conforme prescribía la constitucion bávara, que pedia para esto una mayoría de dos terceras partes.

El 17 de enero de 1871 se celebró en Londres una conferencia de representantes de las grandes potencias firmantes de la paz de París del 30 de marzo de 1856, para ponerse de acuerdo sobre la modificación de aquel tratado, pedida por la Rusia con brusca decision.

El príncipe de Gorchakoff habia dirigido en 19 (31) de octubre de 1870 á los representantes de Rusia en el extranjero una circular, con instrucciones añadidas el 1.º de noviembre, y los citados representantes rusos acreditados en Londres y Viena la leyeron á los gobiernos de las respectivas cortes el 9 de noviembre, produciendo en ambos puntos igual asombro é indignacion. La circular se referia á las disposiciones que en sus artículos 11, 13 y 14 contenía el tratado de París respecto del mar Negro, y muy particularmente al tratado adicional que la Rusia habia hecho con la Puerta

relativamente al artículo 14 del convenio principal. En el artículo 11 aquel tratado declaraba neutral el mar Negro, abriéndolo de consiguiente á todos los buques de comercio y prohibiéndolo á todos los buques de guerra de las potencias ribereñas y no ribereñas. Conforme á este artículo se habian obligado la Rusia y la Turquía en el artículo 13 á no tener en las costas del mar Negro arsenales de ninguna clase para las necesidades de escuadras de guerra, y en el tratado adicional al artículo 14 se habian obligado las dos potencias ribereñas á no tener mas buques de guerra en el mar Negro que seis vapores de 50 metros de eslora y de ocho toneladas de cabida como máximo, y además seis buques de vapor ó de vela ligeros de 200 toneladas de cabida cada uno (1).

La circular encargaba á los representantes de Rusia que declarasen á las potencias firmantes de la paz de París del 18 (30) de marzo de 1856, «que S. M. imperial no se consideraba en adelante ligado por estas obligaciones en cuanto limitaban sus derechos soberanos en el mar Negro, y que se creía en el derecho y en el deber de rescindir el convenio adicional de aquel tratado hecho con el sultan, fijando el número y cabida de los buques de guerra que ambas potencias ribereñas se reservaban tener en el mar Negro. De esta resolucio de S. M. imperial daba conocimiento á las potencias que habian firmado y garantido el tratado de paz general; y al mismo tiempo que la Rusia reivindicaba sus derechos, devolvía los suyos á las mencionadas potencias.»

El asombro que causó en Viena y Londres esta comunicacion no consistía en que fuese nueva é inaceptable, porque ya en 1.º de enero de 1867 Beust habia declarado en un célebre despacho que era insostenible la paz de París y necesarias su modificación y la convocacion de una conferencia que debía reunirse con este objeto sin la cooperacion de la Turquía. Fué rechazada entonces la proposición de Beust á causa de la situacion general de la política, pero nadie protestó contra ella. Lo que causó el asombro é indignacion fué el modo brusco que la Rusia adoptó, comunicando sin ninguna negociacion previa su intencion de anular un tratado que se habian comprometido garantizar con las armas la Inglaterra, la Francia y el Austria en un convenio especial firmado en París en 15 de abril de 1856 (2). La contestacion de lord Granville, contenida en su despacho del 10 de noviembre (véase Hahn, II, 185), revelaba un profundo disgusto, y mas irritado se mostró Beust en los dos despachos que dirigió en 16 de noviembre al conde de Chotek, en los cuales decia que aquel modo de proceder destruiría la fe en todos los tratados, tanto en los existentes como en los venideros. También el rey Guillermo y el conde de Bismarck quedaron sorprendidos desagradablemente del paso dado por la Rusia. Debían de tener ya noticia del propósito del gobierno ruso y aun estar conformes con su pretension; pero el momento escogido para dar este paso no les pudo ser mas desagradable, sobre todo no habiéndoles advertido de antemano (3).

(1) Véase el texto original del tratado de París, en el *Manual Diplomático*, de Ghillany, Nordlingen, 1868, págs. 36 á 45.

(2) En el primer artículo de este tratado (véase Ghillany, tomo III, pág. 47) estas potencias garantizaron individualmente y en comun la independencia é integridad del imperio turco en el sentido de la paz del 30 de marzo; y en el segundo artículo se obligaron á considerar como caso de guerra toda violacion de esta paz y acudir inmediatamente al auxilio de la Puerta con su fuerza terrestre y marítima.

(3) En el *Diario* del emperador Federico encontramos en la fecha 14 de noviembre de 1870 el siguiente dato: «Se dice que ha de venir Odon Russell; se confirma la declaracion rusa; se cuenta que Palmerston habia dicho á Brunnow al firmar el tratado de 1856 que este tratado no duraría diez años. El general Annenkoff trae una carta del emperador Alejandro, de la cual recibió nota Reuss al marcharse el general, diciéndole

El rey Guillermo, al saber las comunicaciones enviadas á Viena y á Londres, antes que él hubiese recibido el menor aviso, quedó muy sorprendido, y cuando en setiembre de 1871, en su entrevista con el emperador Francisco José, recibió también al conde de Andrassy, dijo á éste en una conversacion sobre la amistad que reinaba entre Prusia y Rusia desde setenta años: «Hay, sin embargo, momentos que difícilmente se olvidan, y uno de ellos fué aquel en que Gorchakoff consideró oportuno anular por medio de una simple nota mientras estábamos en guerra las disposiciones de la paz de París relativas al mar Negro, sin habernos dado siquiera aviso de este propósito. Esta conducta fué para nosotros tanto mas desagradable, cuanto que todos nuestros afanes se dirigían á llevar á cabo sin complicaciones europeas la guerra empezada bajo tan buenos auspicios. Entonces escribí al emperador Alejandro que jamás en mi vida daría la mano á Gorchakoff, al cual hay que atribuir este golpe traidor (1).» Cuando siete años después el príncipe Gorchakoff se presentó en el congreso de Berlín y apoyado en el brazo de Andrassy habló en el ambigü de su historia pasada, confesó que aquellos días que siguieron al envío de su circular sobre la cuestion del mar Negro fueron los mas críticos de su vida; que durante días no habia recibido á nadie, temiendo continuamente que los gabinetes declararan sin valor su anulacion del tratado; que la Rusia no tuvo entonces á su disposicion ni siquiera 50,000 hombres, y que solo al cabo de días, cuando se hubo convencido del buen éxito de su propósito, habia respirado.

La verdad es que lord Granville se sirvió el 10 de noviembre de expresiones muy fuertes y aun encargó á lord Odon Russell, á quien envió en mision extraordinaria á Versalles, que usara de frases mas fuertes todavía (2); pero Bismarck conocía perfectamente con quién se las habia: no tomó por lo serio las amenazas de Granville y cuando se le leyó en 17 de noviembre el despacho de lord Granville soltó la risa al llegar al pasaje que decia que Inglaterra no podía tolerar semejante proceder arbitrario, que evocaba el peligro de complicaciones futuras, y exclamó: «¡Oradores de parlamento que no se atreven á nada! Insisten en la palabra *futuras*, porque así se hace cuando se tiene intencion de no hacer nada. No, nada hay que temer de estos señores, como no hubo nada que temer de ellos hace cuatro meses.» Respecto de la política rusa dijo que siempre se habia creído que esta política era extraordinariamente astuta, llena de argucias, triquiñuelas, sutilezas y artificios; pero que esto no era verdad y así se habia demostrado en aquel caso. «Porque si los rusos tuviesen trastienda no habrían hecho semejante declaracion de sus intenciones; habrían construido buques de guerra tranquilamente en el mar Negro y aguardado á que se les pidiesen explicaciones. Entonces hubieran dicho que nada sabían, pero que se informarían, y así hubieran alargado las cosas, que tratándose de Rusia habrían consumido mucho tiempo, y finalmente el mundo se habria acostumbrado á tal situacion.» A esto observó Lotario Bucher que los rusos tenían ya buques de guerra en el mar Negro que habian sacado del puerto de Sebastopol, pudiendo contestar que no

que no telegrafe hasta que el rey haya recibido la carta. Nosotros telegrafiamos que se aplazara este paso; pero recibimos la contestacion de que ya era tarde, que se habian enviado comunicaciones simultáneas á Londres y á Viena. — 16 de noviembre. Se ha dispuesto que nuestros representantes se mantengan pasivos; el rey está muy sorprendido y me dice que esta sorpresa pasa ya de broma, que en Inglaterra se considerará la comunicacion rusa como una venganza por la exportacion de armas; pero Bismarck niega toda complicidad en esta medida rusa.»

(1) Konyi: *Revista alemana*, XV, tomo II, pág. 28.

(2) Sorel: *Histoire diplomatique de la guerre franco-allemande*, tomo II, pág. 93.

podían sacarlos del mar Negro, pues que desde 1856 estaba prohibido el paso de buques de guerra por los Dardanelos (3).

Después de haber evacuado Odon Russell su mision cerca de Bismarck, le autorizó éste para decir que le habia sorprendido la circular rusa del 19 (31) y que él, que siempre habia opinado que el tratado de 1856 pesaba sobre la Rusia con demasiada dureza, desaprobaba sin embargo la conducta de Rusia y el tiempo elegido para conseguir una modificación del tratado; que sentía también que á causa de la guerra en que la Prusia estaba empeñada no pudiera mezclarse en el asunto ni contestar oficialmente á la circular rusa; pero que para evitar el estallido de otra guerra apoyaría enérgicamente que se abrieran conferencias en Constantinopla.

En otra consulta que tuvo efecto en la noche del 22 comunicó Bismarck á lord Russell que el rey Guillermo se habia puesto en comunicacion telegráfica con el embajador de Prusia en San Petersburgo. Bismarck autorizó á Russell á telegrafiar á Londres que si lord Granville lo creía conveniente, él se encargaría de procurar por medio de conferencias el éxito pacífico del conflicto, que en el punto en que se hallaba podría impulsar á la Inglaterra, con ó sin aliados, á la guerra con Rusia, según la declaracion franca de lord Russell. En esta segunda conferencia dió Bismarck preferencia á San Petersburgo para la reunion de los respectivos plenipotenciarios, por ser allí mas fácil llegar á una inteligencia con el emperador. En 25 del mismo mes se declaró Granville conforme con la celebracion de una conferencia, pero no quiso que se reuniese ni en San Petersburgo ni en Constantinopla, ni tampoco en Berlín por atencion á la Francia, en vista de lo cual propuso Bismarck á Londres. Con esto se declaró conforme el príncipe de Gorchakoff, como prueba de la honradez de la política de Rusia y para dar una satisfaccion á la opinion pública de Inglaterra (4).

La conferencia que después de repetidos aplazamientos se reunió en Londres el 17 de enero de 1871, fué, después de la reconciliacion de la Alemania con el Austria, la segunda obra de paz del segundo imperio. Lord Russell habia tomado tan por lo serio las instrucciones de lord Granville, que dijo en 25 de noviembre al rey Guillermo que únicamente al talento y á la conducta correcta de Bismarck se debía que la cuestion del mar Negro no hubiese degenerado en conflicto armado (5). Lo cierto es que la entrada de esta cuestion en la via pacífica fué obra de Bismarck, y quiso el destino que el nuevo imperio alemán fundado en Versalles tuviera que ocuparse con éxito completo en la rectificacion de un tratado para el cual no se habia invitado siquiera en 1856 á ningun representante de Prusia hasta que á última hora se le admitió para hacer un papel, en concepto del conde de Cavour, bastante ridículo. En cambio la Francia vió anulado el resultado principal de su costosísima guerra de Crimea por un simple golpe de la corte de San Petersburgo, y el nuevo arreglo de la cuestion del mar Negro se llevó á cabo bajo la mediacion de Alemania. A la reunion de diplomáticos se habia invitado á un representante de la Francia; pero no se presentó, y en lugar de Julio Favre, que no habia podido decidirse á salir de París, acudió como re-

(3) Busch: *El conde de Bismarck y su gente*, tomo II, páginas 9 y 10. Por un convenio especial relativo á los estrechos se habia confirmado en 30 de marzo de 1856 la antigua regla del imperio turco, según la cual quedaban cerrados á los buques de guerra extranjeros mientras la Puerta se hallase en paz los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo. Ghillany: *Manual*, tomo III, pág. 43.

(4) Hahn: *El príncipe de Bismarck*, tomo II, pág. 187.

(5) Véase el *Diario* del emperador Federico, fecha 25 de noviembre de 1870.